

El Cardenal Jaime Ortega
sobre los medios de comunicación

APUNTES PARA EL ANÁLISIS DE UN CORPUS MAGISTERIAL

Homilía del Jubileo de los Comunicadores.



Foto: Javier Barral

SEGMENTO

por Emilio BARRETO



ESTABLÉZCASE UN PARALELO entre los conceptos *libertad de expresión* y *estilística* y de inmediato se apreciará la vertebración del *corpus* que conforma el magisterio del Cardenal Jaime Ortega para los medios de comunicación. La referencia a la *libertad de expresión* fundamenta un reclamo justo: la Iglesia necesita insertarse en los medios seculares para llevar a plenitud su misión profética. La apelación a la *estilística* persigue llamar la atención acerca de las preocupaciones del periodismo católico en torno a la razón que debe sublimar siempre el accionar de la prensa, esto es, la búsqueda de concertación en la sociedad como primer paso para promover en cualquier circunstancia el diálogo franco y esperanzador.

I

El reclamo de inserción en los medios oficiales, como paso clarificador en relación con la libertad de expresión de la Iglesia, constituye el elemento definitorio del propósito y el carácter de una petición que se remonta a la primeros tiempos de episcopado del Cardenal Arzobispo de La Habana. El carácter viene dado por el magisterio de la Santa Sede en la letra, la razón y el aliento de la Instrucción Pastoral *Communio et progressio*: "Cuántas veces los hombres, según su natural inclinación, intercambien sus conocimientos o manifiesten sus opiniones, están usando de un derecho que les es propio, y a la vez, ejerciendo una función social." (No. 45) A tenor con el documento vaticano, el Cardenal de La Habana presenta una relación directa, intrínseca, entre *estado de opinión* y *responsabilidad social*, pero en medio de ambos conceptos figura un enlace: la *dinámica participativa*, especie de mensajero canalizador de los deseos innatos de la persona (estado de opinión) y la conciencia individual perfectamente articulada (responsabilidad social).

La conciencia individual, de extroversión lógica, coherente y colaboradora con los nobles empeños de la persona humana, requiere de la confección de una *dinámica participativa* que es, únicamente, arbitrio de las autoridades gubernamentales en tanto el periodismo secular

**EN EL UNIVERSO EDITORIAL
PUEDE CONFUNDIRSE
LA BÚSQUEDA DE ESPIRITUALIDAD
CON LA LIBERTAD IRRESPONSABLE
EN LA PLASMACIÓN DE CRITERIOS
Y LA NARRACIÓN DE HISTORIAS
PASADAS CASI AL MISMO TIEMPO
POR DOS TAMICES MUY DISTINTOS,
ESTOS SON, LA NO PERTINENCIA,
CON ARTÍCULOS SUMA O
EXTREMADAMENTE LESIVOS,
DESCONOCEDORES
DE LA NECESIDAD DEL DIÁLOGO;
O EL DE LA EPIDERMIS,
A PARTIR DE RELATOS PERIODÍSTICOS
CUYA ARTESANÍA SE APOYA
EN LAS TÉCNICAS DEL REPORTAJE,
QUE NO LLEGAN NUNCA
A SER SUBCUTÁNEAS**

cubano es, igualmente, un resorte incondicional de la conciencia, los recuerdos y las expectativas del sistema instaurado en Cuba desde enero de 1959 y que hoy, con las precisiones suministradas por la Constitución de 1976, insiste en denominarse socialista de filiación marxista-leninista.

Este enunciado reviste importancia porque la inserción de la Iglesia en los medios en manos del Estado ha sido uno de los puntos más álgidos de los producidos por el alud de monolitismo ideológico presente en las últimas cuatro décadas de historia cubana. Me atrevo a hacer esta afirmación porque, en relación con otros diferendos en las relaciones Iglesia-Estado socialista, en épocas más recientes la Iglesia ha conseguido respirar aires más puros y reconfortantes en asuntos relacionados con la libertad de culto, aunque éstos no den muestras, todavía, de alcanzar un proceso pleno de inspiración-expiración.

La Iglesia, sin embargo, se adentra en el empeño de comunicar a través de medios impresos casi artesanalmente. Y la tenencia de éstos conlleva una confusión bastante extendida

que llega incluso hasta sectores intelectuales portadores de un pensamiento cuyo matiz más sobresaliente es la pluralidad. Suele decirse que la Iglesia en Cuba cuenta con revistas diocesanas de tiradas apreciables y alcances sorprendentes. En la Arquidiócesis de La Habana, por ejemplo, sin tan siquiera pretender una exactitud hasta la exquisitez, puede afirmarse que el mensuario *Palabra Nueva* es consumido por decenas de miles de lectores. Acudo a esa "estadística" como aproximación porque en la actualidad el número de lectores de *Palabra Nueva* ha crecido hasta evidenciar una paridad notable entre los lectores católicos comprometidos con la pastoral de la Iglesia a nivel parroquial y por extensión con la Diócesis, los lectores que dan muestras de un catolicismo periférico y los lectores intelectuales, no creyentes, atraídos por los trabajos de pensamiento aparecidos en las páginas de la publicación.

Vistas así las cosas, no tendría mucho sentido el clamor del Arzobispo de La Habana: "... la Iglesia no cesa de reclamar el espacio que le es debido, en razón de su misión, en los medios de comunicación social. Este es un tema que he tratado varias veces al referirme a las posibilidades evangelizadoras de la Iglesia en Cuba. Este espacio es tan necesario como el respeto por la religiosidad y las convicciones morales de la gente". Cuanto señala el Prelado halla realización en los órganos diocesanos, pero se trata de resultados insuficientes en asuntos de incidencia social. Y, la Iglesia, como bien se sabe, es una institución de derecho público con la obligación moral de una gestión más allá de lo privado.

II

A la hora de establecer un puente mediático con un público lector, el primer indicador a analizar ha ser la frecuencia editorial. La Iglesia en Cuba cuenta, solamente, con revistas de frecuencias mensual, bimestral y trimestral. Ninguna de estas publicaciones está preparada



Foto: Javier Barral

Catedral de La Habana.
Jubileo de los Comunicadores. Año 2000.

para producir un efecto francamente amplio, preciso y abarcador, dentro de la realidad cubana actual. Ello imposibilita a la Iglesia en los terrenos del pensamiento y la polémica. La polémica requiere de publicaciones diarias, semanales o, cuando más, quincenales. La efectividad del debate dentro del periodismo está urgida de la inmediatez como efecto de *precisión* y *presencia*. Hoy la inmediatez se escribe con las letras de la palabra *Internet*, medio al que la Iglesia tampoco tiene acceso. En esta sociedad de la información, conocida en ámbitos comunicacionales como *mediosfera*, por constituir una cargada atmósfera mediática, el medio de comunicación que no reserve sitio en Internet, pues está marcadamente limitado. La sociedad de la información ha creado un lector *sui generis* al cual se me ocurre llamar *lector internauta*. Me refiero a un consumidor de textos periodísticos y literarios frente a la pantalla del ordenador. El *lector internauta* se decide a imprimir un artículo, un reportaje, una entrevista, un ensayo o una novela cuando los considera de trascendencia epocal.

La sociedad de la información impone dinámicas muy estrictas en todo lo relacionado con los canales informativos: en la actualidad no se puede hablar de los medios como informadores natos, ni del público como destinatario pasivo. Con la explosión de la



información y la consecuente aparición de las publicaciones impresas especializadas, luego de comenzada la segunda mitad de la pasada centuria, la sociedad de masas experimentó una metamorfosis agradable hasta

convertirse en sociedad de públicos, libre de receptores manipulables. En la actualidad no es justo hablar de públicos manipulados, sino, más bien, de informaciones manipuladas o distorsionadas. La aparición de un público más exigente frente al debate social propuesto por los medios ha conferido una nueva dimensión al ruedo de la comunicación, esto es, la necesidad que tienen los medios de permanecer atentos a las proposiciones, a las sugerencias y al ejercicio del criterio realizado por los públicos. De esa manera, en la arena del debate, tan emisores de información son los medios como los receptores, pues la verticalidad de la información denota la misma fuerza en dirección descendente como ascendente. Por todo ello, para el periodismo católico cubano el acceso a Internet es imprescindible en igualdad de jerarquía para una presencia en función de informador como de receptor.

Así y todo, la prensa católica en Cuba se vería menos lesionada en su función comunicativa si contara con un periódico de edición diaria, semanal o quincenal que facilitara la publicación de entrevistas informativas y de opinión, reportajes del mundo de la evangelización y comentarios de carácter social, económico, cultural y político, así como la aparición de trabajos de gran extensión, de manera seriada, y, finalmente, la posibilidad de polemizar con cualquier autor, cuando sea pertinente. Todos estos aspectos que he nombrado y explicado son para la Iglesia tan necesarios "como el respeto por la religiosidad y las convicciones morales de la gente", pues conducirían al camino verdadero de reconocer a la Iglesia como la institución de derecho público que es.

III

Si bien es conveniente, como muestra de pluralidad, la aparición o inserción de la Iglesia

EL CARDENAL ORTEGA INSISTE EN NO ASUMIR LA PALABRA COMO "UN ALARIDO HIRIENTE, NI UN RECUENTO AMARGO DE LO QUE SE HA CALLADO POR MUCHO TIEMPO". SÓLO DESDE LA MISERICORDIA, QUE ES IGUALMENTE CAMINO DE RECONCILIACIÓN PERSONAL Y SOCIAL, SE PUEDE EMPRENDER UNA MISIÓN DIALOGANTE COMO LE COMPETE AL PERIODISMO CATÓLICO EN EL EJERCICIO DE UNA EXPRESIÓN LIBRE Y RESPONSABLE DEL PENSAMIENTO.

en medios seculares, e incluso oficiales, es necesaria y urgente la estructuración de una prensa católica a partir de diferentes órganos periodísticos de perfiles diversos que sustenten el jalón evangelizador. Una cosa es el ejercicio del criterio y otra el seguimiento de las orientaciones pastorales. Lo primero se puede hacer en medios eclesiales y seculares; lo segundo sólo hallará espacio en el periodismo católico de las Diócesis. Al respecto, el Cardenal Ortega, en su homilía del Jubileo de los Comunicadores, realizó un pronunciamiento que tomó como forma de invitación exhortativa dada por la figura de Jesucristo cuya obra se erige en el paradigma indiscutible para la estructuración de una prensa católica. Justamente por ello enfatiza el Arzobispo de La Habana que "la ascensión del Señor va precedida de un envío misionero claro, preciso, que Jesús proclama antes de desaparecer de la mirada de sus apóstoles: 'Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación; el que crea y se bautice, se salvará'".

Trazada la pauta para el ejercicio de un periodismo católico en la Arquidiócesis de

La Habana, el Prelado enuncia el tercer segmento de lo que al inicio nombré el *corpus de un magisterio para la comunicación social*, esto es, el planteamiento enfático de una *preocupación pastoral*. El énfasis se hace notar por la reiteración adornada con los diferentes y vistosos trajes de la semántica. Por eso traigo a colación la exhortación realizada en la Asamblea Nacional de UCLAP-Cuba efectuada en febrero de 1999 en el convento dominico habanero de San Juan de Letrán: "Todo en la prensa católica cubana debe referirse de algún modo al Evangelio; o *contar las maravillas de Dios cuando el Espíritu anima la vida de los hombres. Un escritor católico y un no católico pueden transitar por estos senderos al escribir en nuestras publicaciones católicas* si tienen en cuenta esa matriz cristiana de todo el quehacer periodístico".

El segundo y el tercer segmentos no pueden prescindir de un enlace: la *comunidad responsable*. La necesidad y la invitación jubilosa al ejercicio de un periodismo católico puede coincidir con la satisfacción profesional de intelectuales sedientos de letra impresa como centro generador y receptor de espiritualidad. Pero en el controvertido universo editorial puede

confundirse la búsqueda de espiritualidad con la libertad irresponsable remachada en el acto continuado de la plasmación de criterios y la narración de historias pasadas casi al mismo tiempo por dos tamices muy distintos, estos son, la *no pertinencia*, con artículos suma o extremadamente lesivos, desconocedores de la necesidad del diálogo; o el de *la epidermis*, a partir de relatos periodísticos cuya artesanía se apoya en las técnicas del reportaje, que no llegan nunca a ser subcutáneas y por tanto apenas exploran las realidades no perceptibles a simple vista, pero sí consideradas fuerzas motrices del proceso a duras penas reflejado. Es entonces cuando alcanza estatura la dimensión paradigmática de Jesucristo como foco de atención para el periodista de los medios católicos.

"Jesús es el modelo y el criterio de nuestra comunicación –explica el Cardenal Ortega en su homilía del Jubileo de los Comunicadores. Para quienes están implicados en la comunicación social, responsables de la política, comunicadores profesionales, usuarios, sea cual sea el papel que desempeñan, la conclusión es clara y lo dice San Pablo: 'Por tanto, desechando la mentira hablad con verdad cada cual con su prójimo, pues somos miembros los unos de los otros [...] ni salga de vuestra boca la palabra dañosa, sino la conveniente para edificar según la necesidad y hacer el bien a los que os escuchen' (Ef 4, 25-29). Servir a la persona humana, construir una comunidad bien fundada en la solidaridad, en la justicia y en el amor, y decir la verdad sobre la vida humana y su plenitud final en Dios han sido, son y seguirán ocupando el centro de la ética en los medios de comunicación."

IV

Es precisamente el enlace entre el segundo y el tercer segmentos el destinado a configurar, con mayor desarrollo, el cuarto segmento, ubicado en el macizo centro del *corpus*, y al cual

Segunda Asamblea Nacional de UCLAP-Cuba. De izquierda a derecha: monseñor Baladrón, el cardenal Ortega, monseñor Beniamino Stella y el doctor Navarro-Valls.



Foto: Javier Barral



denominaré *relación entre verdad y libertad*.

Para el Cardenal Ortega, en armonía con la Iglesia universal, la relación entre verdad y libertad en la escala mediática exige el cumplimiento de los siguientes principios: -) la comunicación debe ser

siempre veraz, puesto que la verdad es esencial a la libertad individual y a la comunicación auténtica entre las personas, -) el segundo es complementario del primero: el bien de las personas no puede realizarse independientemente del bien común de las comunidades. Este *bien común* exige ser entendido de modo íntegro, como la suma total de nobles propósitos compartidos, en cuya búsqueda se comprometen todos los miembros de la comunidad. (Hay un tercer principio contenido en la *Communio et progressio* pero ya me he referido a él en la introducción de este trabajo.)

El primer principio se introduce en la piel de los códigos de ética periodística al plantear y reconocer la justa aceptación de la *verdad* vista y sopesada en los ámbitos del periodismo. Para un periodista la verdad exacta o estricta del hecho que le corresponda o decida narrar es algo, con toda seguridad, absolutamente inalcanzable. Por eso los periodistas contemporáneos, elevados a la categoría de estudiosos o estilistas de la profesión, procuran esmerarse en el instante de formular una separación entre los conceptos *verdad* y *verdad informativa* o *veracidad*. En relación con esta diatriba siempre

suelo apoyarme en el criterio del sacerdote dominico español Niceto Blázquez, profesor de comunicación social de la Universidad Pontificia de Comillas, en Madrid, periodista, así como tenaz estudioso interesado fundamentalmente en el terreno árido de la ética en la información.

Para el dominico Blázquez la *verdad exacta* de un hecho noticioso sólo tiene grandes probabilidades de encontrar espacio en un género periodístico estrictamente informativo: la *nota informativa* o *información noticiosa*, limitada a responder las seis preguntas clásicas del periodismo: *qué, quién, cómo, dónde, cuándo, por qué* o *para qué*. (Aquí es justo traer a colación formulaciones correspondientes a otras escuelas del periodismo contemporáneo. Por ejemplo: Harold Laswell en 1948 formuló una metodología de la comunicación que tiene su origen en cinco preguntas básicas: *quién dice, qué dice, en qué canal, a quién lo dice, y con qué efecto*. Del mismo modo, suele afirmarse que las preguntas básicas son las cinco *w*: *qué, quién, dónde, cuándo* y *por qué*.) La nota informativa es un género cuyo requisito inviolable radica en la proyección de una elevada dosis de *objetividad* exenta de una toma de posición de parte del redactor. En este caso, cuando se practica un periodismo serio, el reportero se limita a esbozar la opinión del diario para el que trabaja a través de la colocación, muy inteligente y suspicaz, de algún que otro adjetivo para nada altisonante.

Sin embargo, la factura y el estilo en el periodismo postmoderno, a todas luces pautado y liderado por la manera de hacer de la prensa en los Estados Unidos de América, luego de un derroche de iniciativas y hallazgos concretados en la conjugación entre periodismo y literatura, ha procreado un híbrido tan interesante como seductor, cada vez más dispuesto a jalonar los estilos del periodismo tradicional. Se trata del *periodismo literario* o la *literatura de no ficción*, esto es, la tendencia en las revistas de *interés general* o *multidisciplinarias* a armar historias verdaderas con los giros expresivos y estilísticos propios de la literatura narrativa. Como consecuencia de ello, a nivel mundial se ha procedido al endurecimiento de los códigos de ética periodística. Tanto es así que existen tantos códigos de ética periodística como instituciones internacionales de gestión y alcance mundial. Con ese aliento, se han

**ES IMPRESCINDIBLE
LA OBSERVACIÓN Y EL SEGUIMIENTO
DE LA VERDAD INFORMATIVA
CON LOS OJOS DE LA FE,
ESTO ES, LA INTERIORIZACIÓN
DE LA PERSONA Y LA OBRA
DE JESUCRISTO COMO EL CAMINO,
LA VERDAD Y LA VIDA. PARTIENDO
DE ESTA FORMULACIÓN TEOLÓGICA,
EL CARDENAL ORTEGA CONSIDERA
AL COMUNICADOR
UN ENTE TRANSFORMADOR
EN EL CENTRO DE LA SOCIEDAD
CUMPLIENDO EL MANDATO DE DIOS.**



Foto: Javier Barral

Segunda Asamblea Nacional de UCLAP-Cuba.
Aula Fray Bartolomé de las Casas,
Convento San Juan de Letrán. Febrero de 1999.

reforzado los códigos de ética en la ONU, la UNESCO y la FELAP (Federación Latinoamericana de Prensa), por citar sólo tres.

La prensa de estos días ya no está interesada en noticias que no contengan una historia aunque sea de manera subyacente. El reportero actual se ocupa en buscar detonantes individuales de proyección social aunque éstos se hallen *subsumidos* dentro de historias particulares. En este punto adquiere vigencia el enjundioso estudio realizado por Hannah Arendt (1906-1975) hacia el mismo centro de la palabra *historia*. “La historia (*history*) –dice Hannah Arendt– aparece cada vez que ocurre un acontecimiento lo suficientemente importante para iluminar su pasado. Entonces la masa caótica de sucesos pasados emerge como un relato (*story*) que puede ser contado, porque tiene un comienzo y un final”.

Para la filósofa alemana el ciudadano del siglo xx se acostumbró, con marcado gusto, a contar la Historia desde sucesos de relevancia personal. Esa aparente pequeña licencia ha originado la propensión del hombre postmoderno a la *comprensión limitada* –incluso *deformada*– de la Historia, porque al erigirse en narrador no repara en la real importancia de la asunción de un hilo de conciencia colectivo de la Historia, sino que encara el proceso a través

de miradas individuales muy susceptibles a la *sobredimensión* o a la *disminución* de los hechos reales. Es ahí donde se puede adulterar la *verdad estricta*. Las narraciones subjetivas nos separan de la *verdad* y nos colocan frente a la *veracidad*, entendida como la descripción de un suceso verídico pero con la ayuda de un pequeño índice de la inagotable imaginación del ser humano.

A través de esta reflexión se puede anudar un engarce con el periodismo de la sociedad post industrial. Y para ello es conveniente continuar recurriendo a los postulados de Hannah Arendt.

Aunque alemana por nacimiento y formación literaria, Arendt vio en la lengua inglesa el laboratorio ideal para visualizar la diferencia entre la Historia (con mayúscula) y la historia (con minúscula). Para los hispanohablantes esta dicotomía aparece subsumida en el castellano. Para un anglófono la Historia con mayúscula es *history* y en ella aparecen los sucesos de un período más ligados a la geografía, a la sociología, a la economía y a la política del escenario donde se desarrollaron los acontecimientos. En cambio la historia con minúscula, o *story*, se apoya en la artesanía de la hermenéutica de un narrador omnisciente erigido en principal proveedor de los instantes protagónicos de la historia o *story* gracias a las técnicas del cuento y la novela, los recursos idiomáticos, los giros estilísticos y el *flash back*, tan pródigo en la generosidad de concederle a la narración escrita el aliento del cine de ficción. La llegada definitiva del reportaje literario a las planas de prensa y la consecuente valoración de éste para los más codiciados premios regionales del periodismo internacional, han posibilitado además la *irrupción* categórica del *subjetivismo a ultranza* en la descripción noticiosa de los hechos reales de un acontecimiento de interés para la sociedad.

Con este presupuesto, la prensa actual dispone la elaboración de reportajes profusos y elegantes, más cercanos a los terrenos de la narrativa. Ello –vale la pena recordar– constituye una ganancia para el desarrollo del periodismo,



pero también obliga a los directores y a los editores de publicaciones a velar por el cumplimiento de los dos requisitos insoslayables en el mundo de la prensa: la *presencia inmediata en el diapasón noticioso* y la *consecución de una factura*

periodística facilitadora del alcance social de la publicación para la cual se trabaja. Así, se impone desde el punto de vista ético, la vigilia constante frente a la *plasmación de la verdad* – pues los periódicos y las revistas trabajan con hechos reales–, pero sin olvidar el pequeño margen de permisividad concedido internacionalmente al periodismo ejercido al estilo de la literatura de no ficción.

En este terreno el reporterismo moderno de los Estados Unidos le ofrece al mundo, como testimonios de gran elocuencia, las consecuencias del exceso de *subjetivismo*. Tanto es así que grandes diarios –de fama y alcance mundial–, avalados por la profesionalidad de sus firmas, se han visto envueltos en escándalos por la publicación de historias inventadas, concebidas magistralmente a la manera de reportajes de sociedad y luego premiadas con el Pulitzer. (Recuérdense los escándalos en los diarios *The Washington Post* en 1980 y *The New York Times* a mediados de 2003.)

La adulteración de la *verdad informativa* por *exceso de empaque*, la publicación de una *verdad real no pertinente*, o la fabricación de *historias inventadas* con el afán patológico de trastocar el periodismo de servicio al prójimo en medio únicamente utilitario para escalar a planos elevados de la popularidad, le dan a la prensa secular de esta época un rango no precisamente educativo, sino el aspecto cosmético de una pasarela que sirve de escenario para la denuncia inyectada con la ayuda de las habilidades individuales destinadas a satisfacer expectativas profesionales y no a colaborar en la hermosa tarea del engrandecimiento de la moral del prójimo. En los medios seculares el periodismo de estos tiempos suele carecer de mensajes persuasivos sólidamente fundamentados que lo

conviertan en *transformador de los puntos del comportamiento individual y social.*

Ante lo explicado, en aras de propiciar una mirada no renovadora sino más bien pragmática –en el sentido total del término–, el Cardenal Ortega toma mayor distancia de la vorágine creada ante la polémica relación *verdad informativa-veracidad* para enarbolar la realeza bondadosa de la relación fructificante entre la libertad individual del periodista y el acercamiento a la Verdad como clave para el alumbramiento de una *comunicación auténtica* con el público consumidor de una prensa (católica) encaminada a remodelar actitudes, pareceres y reacciones. Sólo que para ello es imprescindible la observación y el seguimiento de la *verdad informativa* con los ojos de la fe, esto es, la interiorización de la Persona y la Obra de Jesucristo como el *Camino, la Verdad y la Vida*. Partiendo de esta formulación teológica, el Cardenal Ortega considera al *comunicador un ente transformador en el centro de la sociedad cumpliendo el mandato de Dios*. Es, sobre la base de este mandato divino, que el Obispo ubica el quinto segmento del *corpus*.

V

Como es lógico, el anuncio del *mandato divino* rebasa las fronteras eclesiales. Por ello fue dado a conocer en la homilía del Jubileo de los Comunicadores. Esta invitación jubilar –y jubilosa– puede nacer de la siguiente preocupación del Prelado, quien intenta llamar la atención acerca del justo equilibrio entre mensaje y estilo: “Aunque se dice comúnmente que en los medios de comunicación cabe todo, no son *fuerzas ciegas fuera del control del hombre*”.

La calificación de *fuerzas ciegas*, empleada como la sentencia conclusiva a *una gestión definitivamente errática*, lleva implícita una sensible carga teológica dirigida a realzar la faena transformadora dispuesta por Dios para el hombre en la creación. El *hombre, como ente transformador*, tiene la misión de actuar por la preservación de las buenas actitudes y la superación de las posturas equivocadas. Por eso, en el segundo principio comprendido en la

relación *verdad-libertad*, se acentúa que *el bien de las personas*, esto es, el individual, no puede realizarse independientemente del bien de las comunidades a donde pertenecen esas mismas individualidades.

El periodista no puede prescindir de lo anterior. Existen profesiones y oficios en cuyas dinámicas creativas se admite la participación pasiva pero juiciosa del prójimo. El carpintero, el agricultor, el cirujano y el cineasta, por escoger unos pocos al azar, se sumergen en el proceso creativo con sentido y disciplina de grupo, de equipo y, por lo general, sin manifestar reparos negligentes ante los criterios vertidos *a priori* por el prójimo. Precisamente por esta peculiaridad los profesionales y técnicos que he nombrado adquieren una conciencia plena del *bien común* desde el mismo inicio de la obra que los convoca. El periodista puede desarrollar dinámicas de equipo –de hecho en una publicación se trabaja en esa clave–, sin embargo es un profesional solitario durante el proceso de redacción. Esta peculiaridad puede metamorfosearlo negativamente en alguien susceptible de tornarse complejo en extremo ante el acoso de las tentaciones. Frente a la cuartilla en blanco, o a la pantalla del ordenador, el periodista puede perder la brújula indicadora del camino recto hacia el servicio comunitario hasta llegar a ser presa fácil del egocentrismo, del utilitarismo equivocado, del relativismo y del acomodamiento derivado del éxito editorial mal interiorizado. Peor aún es el error de asumir el periodismo solo como un *fin* y no como un *medio*. El periodista, o el comunicador, se esfuerza por llegar a su meta profesional, pero una vez alcanzado ese objetivo no puede olvidar su compromiso de respetar y sublimar el derecho del prójimo a la *libertad de expresión* y a la *verdad* a través de la *auténtica comunión* y el *diálogo*. Por medio de esa concatenación es posible

enfocar con nitidez la dimensión justa del periodismo ante el *bien común*.

VI

Vista por el Cardenal Ortega, la relación entre *verdad informativa* y *libertad de expresión*, así como la valoración precisa del periodismo como profesión, conducen al segmento número seis, dedicado a la relación *libertad-misericordia*, destinada a erradicar la soberbia y el rencor.

La artesanía de una poética magisterial en torno a este subtema redundante en la necesidad imperiosa de un aterrizaje en la práctica de un periodismo católico en Cuba en condiciones de suma particularidad. “Aprendizaje difícil –apunta el Arzobispo– el de la posibilidad de expresarse sin hacer de ella un arma de combate, un alarido hiriente, ni un recuento amargo de lo que se ha callado por mucho tiempo. Ser fieles a la verdad sin pretender que todos acepten que esa verdad es plena, sin ser intolerantemente verídico, sin hablar concluyentemente desde una cima de verdades infalibles que se tornan así piedras de choque para el diálogo, ese es uno de los más difíciles ejercicios para el necesario aprendizaje de una expresión libre y responsable del pensamiento.”

Jubileo de los Comunicadores.

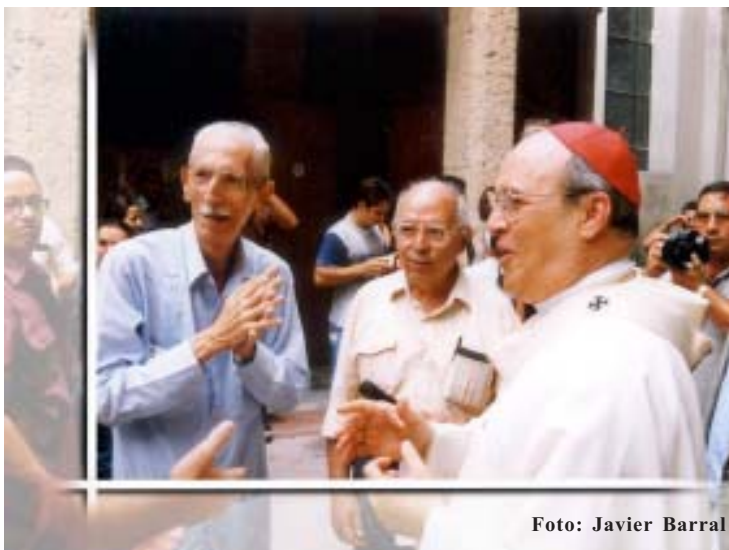


Foto: Javier Barral



La misericordia, *per se*, es una actitud liberadora de la presencia de la soberbia y el rencor. Por eso el Cardenal Ortega insiste en no asumir la palabra como “*un alarido hiriente, ni un recuento amargo de lo que se ha callado por mucho tiempo*”. Sólo desde la misericordia,

que es igualmente camino de reconciliación personal y social, se puede emprender una *misión dialogante* como le compete al periodismo católico en el ejercicio de *una expresión libre y responsable del pensamiento*.

Esta convocatoria consiste en una exhortación con carácter permanente y alcance supranacional. Cualquier llamado a mantener calma, sosiego, y a demostrar cultura para el diálogo, puede conseguir efectividad y vigencia en el mundo de esta época estigmatizada por el terrorismo y las conflagraciones organizadas a través de cabildeos.

Para la Iglesia que peregrina en Cuba este llamado reviste una significación especial por las condiciones en que se gesta y se perfila la prensa católica. Aunque incipiente y amorfo, la prensa católica cubana constituye un movimiento que evidencia una gremialidad apreciable a partir de intercambios profesionales, talleres de superación y reuniones para elaborar estrategias con el fin de insertar a las publicaciones diocesanas en la pastoral delineada por la Conferencia de Obispos Católicos de Cuba (COCC). Por esas mismas razones se supone que la prensa católica actual, desarrolle un apostolado muy participativo en el rumbo de la Iglesia en Cuba, que se enmarca cada vez más en el camino de la reconciliación nacional.

Por su condición de *formador* el periodismo católico es consustancial a lo anterior. La prensa católica moderna, a escala mundial, tiene forma de abanico, esto es, la propiedad de partir de un punto emisor de mensajes (Iglesia) que se irradian hacia todos los ámbitos de la sociedad civil. Por eso hoy al periodismo eclesial le interesan todos los temas y se preocupa por el estudio de las técnicas comunicacionales practicadas en los institutos seculares de periodismo. Pero, más exactamente, el término



Foto: Orlando Márquez

periodismo católico asume la tarea de proyectarse en el espectro noticioso como espejo que muestra una imagen doble: la del *informador-formador*. De ese modo, un diario o una revista católica, para protagonizar una gestión completa, debe aspirar a una arquitectura editorial que le permita organizar campañas de prensa iniciadas en la nota informativa de casi total objetividad, pasando por los demás géneros informativos (la entrevista y el reportaje) hasta llegar, con plenitud de información documental y testimonial, al juicio emitido a través del artículo, como género de opinión por excelencia.

Ese rigor sólo es alcanzable en el diarismo, único capacitado para la cobertura rápida y continuada de un suceso de relevancia. La prensa católica cubana, al disponer nada más de revistas de frecuencia dilatada –cuando más corta mensual–, está obligada a volcarse sobre temas de gran importancia casi siempre una sola vez y sin poder crear un estado de opinión a nivel diocesano o nacional. Por tanto, cuando

se tiene una oportunidad única para ejercer el pensamiento es imprescindible ser doblemente cuidadoso o *responsable*, si apelamos a este como uno de los que calza este segmento del *corpus* magisterial.

VII

Por extensión, el Cardenal Ortega descubre el segmento que concluye la solidez del *corpus*. Se trata de la decisión de proseguir el ejercicio de un periodismo que clama por un desarrollo, así como por la necesidad de crear nuevos medios a través de los cuales se sustente la diversificación de los perfiles editoriales y, de paso, la interrelación información-opinión insoslayable para la práctica exitosa del periodismo en el mundo actual. Esto es lo que el Cardenal llama el *ruedo del equilibrio*, conceptualizado de la siguiente manera en el discurso pronunciado en el Palacio de los Congresos de la UNESCO en París, el miércoles 16 de septiembre de 1998, en el acto de entrega de la Medalla de Oro de la Unión Católica Internacional de la Prensa (UCIP) a la revista arquidiocesana *Palabra Nueva*:

“Si algo debe ser premiado en esta revista *Palabra Nueva* y en las diversas publicaciones de la Iglesia en Cuba que han visto la luz en este último lustro, es el *arroyo de sus escritores* que hicieron de la búsqueda un entrenamiento activo. Ellos han salido *al ruedo en un difícil ejercicio de equilibrio* que ha ido creando, sobre el terreno de la lid, las normas prácticas que debe regir *este quehacer, por otra parte impostergable*.”

El *ruedo del equilibrio* es el segmento conclusivo y a la vez la síntesis bien compacta de todo el *corpus magisterial*. En él aparece enunciada en un par de ocasiones la *preocupación pastoral* contenida en la necesidad de los medios de comunicación de la Iglesia y la inserción del pensamiento episcopal en los medios seculares cuando se refiere al “*arroyo de sus escritores*”. En este caso el Cardenal Ortega alude al *mandato divino* como la misión de la prensa católica en cualquier parte: anunciar a Jesucristo como paradigma del periodismo eclesial que produce ese *arresto* a la manera de

una *entrega* o de *salida* de una parálisis. Jesucristo es, sobre todo, centro del envío misionero del que la prensa católica es igualmente protagonista. Y lo repite de otro modo cuando valora “*este quehacer, por otra parte impostergable*”, debido al compromiso evangelizador que tiene la Iglesia. Asimismo, define el *ruedo del equilibrio* como “*norma que debe regir este quehacer*”. Aquí incluye todo lo expuesto en el terreno de las relaciones *verdad-libertad, y libertad-misericordia* con vistas a renunciar a *la soberbia y el rencor*.

Finalmente, el *corpus* presenta un apéndice diseñado en forma de empuñadura externa para favorecer el acto de asirse a él. “La Iglesia desea apoyar a los profesionales de la comunicación –afirma el Pastor de la Arquidiócesis de La Habana– proponiéndoles principios positivos para asistirles en su trabajo, a la vez que fomenta un diálogo en el que todas las partes interesadas puedan participar (...) Los medios de comunicación pueden usarse para bloquear a la comunidad y menoscabar el bien integral de las personas alienándolas, marginándolas o aislándolas, favoreciendo la hostilidad y el conflicto”.

El apéndice divulga la experiencia milenaria de la Iglesia Católica, comunicadora por excelencia y experta en humanidad que, si bien puede aportar mucho en el campo de la comunicación social, desea hacerlo por medio de la entrega de un magisterio ético-humanista cuando los destinatarios son los profesionales de los medios. Con ese mismo rigor de servicio al prójimo, la Iglesia ha decidido caminar por los senderos del periodismo católico, uno de los pilares de la nueva evangelización por hallarse contemplado dentro de la triple misión encomendada por Cristo a Su Iglesia. Ω

BIBLIOGRAFÍA

Ortega Alamino, cardenal Jaime Lucas. Te basta mi gracia. Editorial Palabra, Madrid, España. Año 2001.

Blázquez, Niceto. *Ética y Medios de Comunicación*. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, España, 1994.